



VENTAJAS É INCONVENIENTES DE LA RIQUEZA.



Hay quienes quieren demostrar los encantos y las sublimidades de la medianía y aun de la pobreza en que vivían nuestros antepasados; de aquellos felices tiempos en que la villa sostenía un solo maestro de primeras letras á quien le retribuía espléndidamente con un real diario y con seis cuartos á la maestra, y se entusiasma con el lirismo de A. Lamartine, que soñando, como poeta romántico de la época de los ojerosos melencólicos, negaba las ventajas del progreso moderno, cantadas con majestuosa elocuencia por E. Pelletan en aquella célebre polémica de *Le Monde marche*.

No se debe impulsar el ensanche, para que no haya propietarios que ganen con sus terrenos, ó por mejor decir, á esa avalancha de gente, que sin darse cuenta de la felicidad que pierden abandonando los encantadores idilios de sus poéticas mansiones de Soria y Avila, en donde viven en el seno de la madre naturaleza, alojados en pintorescas cuevas para trasladarse á la prosáica villa de Bilbao, se les debe desengañar para que regresen á sus lares, no sea que creciendo mucho la población se enriquezcan los dueños de terrenos.

Es bien injusta esa monomanía contra los propietarios del Ensanche, porque sí á ellos les mueve exclusivamente un afán exagerado de lucro al pretender la ejecución de obras que no deben hacerse, se debe suponer que los dueños de fincas en otros barrios de la villa sean de la misma madera, y que á pretender el estancamiento en todo lo relacionado con la nueva urbanización, les induce el temor de que

la competencia de las edificaciones llegue á perjudicar á sus fincas, siendo así, que el público, que constituye la generalidad de los vecinos *no propietarios*, ha de salir ganando con la abundancia de habitaciones.

Aplicando esas teorías salvadoras de que no debe haber ricos ni pobres, es como se llega á fomentar las teorías socialistas. La cuenca minera de Somorrostro, se debia haber regalado á alguna nación extranjera, por los males que ha producido la acumulación de capitales en unas cuantas manos afortunadas, porque esto nos ha traído, entre otros contratiempos, la creación de importantes industrias que han llevado todas las agitaciones de la vida moderna á ese Desierto, en donde en vez del silbido que lanzan las locomotoras y las sirenas de los vapores fondeados en los senos de la ría, se escuchaban únicamente, los cánticos religiosos de los monjes consagrados á la vida contemplativa; sin las explotaciones mineras no se hubiesen realizado por un experto ingeniero las obras de mejora de la ría, y del puerto exterior; ni la red de ferrocarriles, que por lo visto, no reportan beneficios al país; contribuyendo á colmarlo de males, esos capitales que vienen de América á impulsar con entusiasmo la nueva población y asociarse al desarrollo industrial de la tierra bascongada.

Qué distinto concepto tenemos de la vida moderna. La lucha por la existencia requiere grandes energías, mejoras constantes, una educación intensa y razas viriles, y los pueblos que no ponen los medios para seguir las corrientes dominantes en todos los países adelantados, á pesar de las ingeniosas disertaciones de contadísimos escritores, contemplarán con lágrimas tan estériles como las de Boabdil, la decadencia de la agricultura y de la industria, y la despoblación.

¿Qué tiene que ver la realización de unas cuantas obras municipales con la carestía de la vida? Este problema es muchísimo más complejo y obedece á causas muy diversas. ¿Cuándo llegará Bilbao á realizar unas mejoras comparables á las del magnífico ensanche de Barcelona, que han encomiado recientemente algunas publicaciones inglesas? Y sin embargo, la ciudad condal, á pesar de estar gravada con toda clase de tributos directos é indirectos, es una población más barata que esta villa.

Después de todo, el instinto popular resuelve estas cuestiones con criterio más firme que el de algunos sabios. No hay cuidado de que en España se dirija la emigración á las llanuras de Castilla ó de Ba-

dajoz sino á Riotinto, á Bilbao y sus contornos, á Barcelona y las poblaciones en donde hay hombres emprendedores; y en el extranjero, el medio millón de habitantes que anualmente se embarcan para los Estados Unidos, que es el país más caro del mundo, y en donde hay esos capitales fabulosos que algunos miran con tanto recelo, demuestran no hallarse contagiados del excepticismo que otros pregonan respecto de las ventajas del progreso moderno.

Dios me libre de adorar el becerro de oro, ni de regalar los oídos de los poderosos, ¿pero nos vamos á dejar arrastrar por las lucubraciones y extravagancias de L. Tolstoï? «El ejercicio de la caridad es abominable, porque agrava la plaga y todos los hombres deben tener las mismas penas y alegrías; el dinero es pernicioso y hay que desprenderse de él cuanto antes; se debe vivir en el campo, porque las ciudades son sitios de pestilencia moral y física, y cuando no haya plata no habrá grandes centros de población; viviendo todos los hombres de su trabajo, se llegará al reinado de la justicia y á la edad de oro de la humanidad.» En el juicio crítico de Zola, acerca del libro *L' argent et le travail*, del autor de *Anue Karenine*, aun avergonzándose el novelista francés de hacer el papel de hombre razonable, destruye con su claro talento aquel castillo de naipes levantado artificiosamente, consignando que Tolstoï, como todos los soñadores ávidos de justicia, señala el mal, pero no construye los caminos ni los puentes que conducen al reinado de la felicidad universal, ni señala las medidas prácticas adecuadas á esa obra de redención. El dinero es un producto del suelo social, es una de las condiciones de nuestra existencia, y su supresión, representaría el trabajo ciclópeo de hacer remontar á la humanidad por nuevos derroteros erizados de formidables obstáculos, no más fáciles de vencer que los que opone la fuerza de la gravedad para variar el curso de los ríos y subir las aguas hácia el nacimiento, en vez de dejarlas descender tranquilamente de las cuencas más elevadas á los valles más bajos, y desembocar en el mar con arreglo á las leyes naturales.

Encuentro una tendencia más sensata y perspicaz en la obra del mismo Zola titulada *L' argent*, y ciertas afirmaciones me recuerdan la hermosa creación de Carolina, que á pesar de su elevado sentido moral y desinterés, no cae en la ridiculez de despreciar el vil metal. La síntesis del libro, de ese estudio social tan profundo y cuyo éxito ha sido tan ruidoso, se encierra en las últimas palabras. «¿Por qué,

pues, hacer responsable al dinero, de las suciedades y de los crímenes de que es causa? ¿Está menos manchado el amor, él que crea la vida?»

Con el vil metal pueden practicarse toda clase de bienes; por eso lo estiman, aún las órdenes monásticas y las damas devotas, ansiosas de prestar al culto los mayores esplendores y magnificencias; las personas caritativas, ávidas de emplear sus tesoros en el socorro de los menesterosos, huérfanos y desvalidos; los amantes de las artes, que las impulsan creando museos y pensiones para los jóvenes de talento, y los sabios que estimulan la cultura con la fundación de bibliotecas, escuelas, institutos y premios diversos; pero, claro está, que al lado de estas ventajas incuestionables, tiene el dinero graves riesgos cuando se emplea mal. Hay quien cita el espectáculo, nada edificante, que ofrecen las elecciones en este país con la escandalosa compra de votos, pero por desgracia, no es tan nuevo el mal en Bizcaya, siendo lo procedente, que se le ponga cuanto antes enérgico correctivo, como se ha conseguido ya en Inglaterra á fuerza de anular actas, y en Francia, se está preparando la ley encaminada al mismo objeto; pero hay tan poca lógica en combatir el capital por tales abusos, como habría en apagar los altos hornos por el criminal empleo de algunas navajas de Albacete, ó en renunciar á la fabricación de pólvora y de dinamita por los atentados que se cometen con las materias explosivas.

Zola ha fustigado con viril energía, no á los poseedores de capital, á quienes ha procurado imitar acumulando primores artísticos en su hotel de París, sino el agío insano, la especulación desenfrenada, el ceno de los procedimientos asquerosos con que la codicia de Saccard se lanza á la titánica lucha con el poderoso judío Gundermann, tendiendo al efecto las redes para coger en sus mallas á los incautos accionistas. Aquella vasta concepción, basada en la romántica conquista de los Santos Lugares por medio de una cruzada de éxito más seguro que las dirigidas por Godofredo de Buillón y San Luis; la explotación de las minas de plata del monte Carmelo; de los bosques vírgenes del Líbano y de las cuencas carboníferas asiáticas; de las líneas férreas de Brusa á Beirut, de Esmirna y Trebisonda á Agora y Jerusalen, llamadas á regenerar el Oriente; todo el negocio urdido sobre un fondo poético de leyendas bíblicas, que presentan al catolicismo rejuvenecido y triunfante dominando al mundo desde la santa montaña del Gólgota; el mercenario reclamo de la prensa, cantando á diario los éxitos asom-

brosos del *Banco Universal*; los astutos agentes y las damas elegantes que hacen la propaganda con una zalamería persuasiva en las casas humildes y los aristocráticos palacios, para preparar las sucesivas conversiones, emisiones y aumentos del capital social; la especulación manejada y explotada por Saccard con ventas simuladas para forzar los precios hasta sextuplicar el valor de las acciones; las luchas é intrigas del *Parquet* pintadas de mano maestra, y como desenlace funesto é inevitable, el ruidoso derrumbamiento del deleznable edificio levantado á fuerza de trampas y engaños, que arrastra en su caída y sepulta en la miseria y el fango á numerosas familias honradas reducidas á la desesperación más horrible, constituyen la síntesis del admirable cuadro realista con que fotografía el autor de *La débâcle* las espantosas catástrofes que puede acarrear el mal empleo de las riquezas.

Esta clase de delitos han servido de ariete al partido socialista para combatir la organización social de nuestros tiempos, porque esos grandes sindicatos, que promueven en ocasiones las bajas ó alzas artificiales de mercancías y valores, arrasan cual ciclones asoladores á las pequeñas fortunas, que no tienen la prudencia de alejarse de los derroteros del agiotage, y constituyen el lado inmoral de los negocios. Por lo demás, el organismo de las Sociedades anónimas ofrece otras ventajas incuestionables aplicado á las vías férreas, á las industrias, á las compañías de seguros y á las edificaciones, como la forma más acabada de la agrupación de capitales.

Muchos ensanches se han realizado en el extranjero con sociedades por acciones, cotizándose sus títulos con la misma facilidad que los valores industriales, pero ya que alguien se ha esforzado en analizar el aspecto moral de los asuntos conexionados con el ensanche de Bilbao, resulta, por fortuna, que no se ha utilizado la forma anónima, ni aun en las lícitas proposiciones adoptadas aquí mismo, para las empresas fabriles y de vías férreas, puesto que las contadas sociedades de terrenos organizadas por acciones, han preferido esta constitución por causas ajenas en absoluto á la especulación y á la movilidad de los títulos. Podrán salir bien ó mal en Bilbao los negocios de los compradores de fincas y solares, que esta es cuenta suya, pero hasta ahora, nadie ha llamado á los modestos accionistas, ni para ofrecerles pingües ganancias, ni para arrastrarles á tremendos fracasos pues de todo ha habido en Europa, América y Oceanía en la realización de las nuevas poblaciones. El descalabro de actualidad, es, el de

los Bancos de Australia, promovido por el abuso de diversas especulaciones y de los préstamos hipotecarios hechos en vasta escala sobre inmuebles y terrenos, en cuyos negocios, es preciso caminar con cautela, no haciendo uso del crédito, sino con moderación, y así se ha entendido en Bilbao por los Bancos de la plaza, que han rehusado en general esa clase de anticipos.

En la cuestión de la riqueza estriba precisamente el problema social; la lucha entre el capital y el trabajo planteada con más ó menos crudeza é intensidad en casi todas las naciones, con arreglo á programas que, si carecen todavía de sentido práctico, han logrado, cuando menos, quebrantar algo los principios un tanto secos y escuetos de la Economía política individualista, induciendo á que, el interés personal como exclusivo regulador de los actos humanos, se modere con los preceptos de la moral y la idea del bien, que deben concurrir al remedio de los males económicos de la época presente.

PABLO DE ALZOLA.

(Se concluirá)





VENTAJAS É INCONVENIENTES DE LA RIQUEZA



(CONCLUSIÓN)¹

¿Puede esperarse algo eficaz de la propagandarealizada con novelas socialistas como *Looking Bakward* de Mr. Edwar Bellamy? «En la sociedad del año 2000, preside la libertad más completa en las acciones humanas; desaparecen la domesticidad, la policía y el ejército, la propiedad individual de la tierra, los fondos públicos y los capitales todos; los hombres reciben igual estipendio del Estado, y borrada la distinción entre pobres y ricos, viven todos en la abundancia, sin las luchas de clase, ni la envidia ni la competencia insana.» ¿Quién dejaría de ser colectivista, exclama el señor Sanz y Escartín, si no fuera este cuadro hermosa creación de la fantasía, cual engañoso ensueño de las noches de fiebre? Por desgracia, la organización social ideada por el colectivismo moderno, requiere tal elevación del nivel moral, del espíritu de rectitud y de justicia, que es más adecuada para pueblos de ángeles, que para hombres provistos de todas nuestras pasiones; pero dejando el lado utópico de estas fantasías, nadie que piense alto y sienta hondo, deja de preocuparse de los asuntos relacionados con el problema social.

Al inaugurarse las tareas del nuevo curso de 1892-93 en el Ateneo científico y literario de Madrid, leyó D. Gumersindo Azcárate, que es uno de nuestros hombres públicos más estudiosos y eminentes, un discurso sobre *los deberes y responsabilidades de la riqueza*, escrito con mo-

(1) Véase página 545 del tomo anterior.

tivo del interesante debate, que no há mucho tuvo lugar en Inglaterra y los Estados Unidos sobre el empleo que debe darse á las ganancias de las personas acaudaladas. Inició la discusión Mr. Andrew Carnegie, opulento fabricante de hierro y acero, publicando en la *Northle American Review* un artículo titulado *La Riqueza*. Se lanzó á la palestra el octogenario estadista Mr. Gladstone y terciaron en tan trascendental asunto los ilustres Cardenales Manning y Gibbons, el gran rabino Y el ministro protestante Hughues.

Mr. Carnegie predica en su evangelio los medios de administrar la riqueza, de modo que se establezcan vínculos de fraternidad entre pobres y ricos. Explica la transformación de los factores de la producción, desde los modestos talleres en que el maestro y los aprendices trabajaban juntos y sujetos al mismo régimen de vida, hasta el contraste moderno entre el palacio del millonario y las viviendas de los obreros. No se debe, sin embargo, deplorar esta transformación, porque mucho mejor es la divergencia de condiciones que la miseria universal, ni se debe perder el tiempo en criticar una organización social asentada sobre cimientos que no podemos remover. A la ley de la competencia debemos nuestro admirable desarrollo material, y sea ó no benéfica, es lo que es, y no podemos evitarlo; con nada puede ser sustituida, y si á veces resulta dura para el individuo, es buena para la especie, pues asegura la selección de los mejores en todos los órdenes. Hay, pues, que aceptar la gran desigualdad que nos rodea, la concentración de los grandes negocios industriales y comerciales en manos de unos cuantos, y la ley de la competencia entre éstos, por ser beneficiosa y esencial para el progreso de la humanidad. Es criminal gastar la energía social procurando desarraigar el árbol, cuando todo lo que podemos hacer con provecho consiste, en mejorar el fruto, dentro de las condiciones existentes, estribando por lo tanto la cuestión, en averiguar, cuál sea el modo más acertado de administrar la fortuna que, por virtud de las leyes de la civilización moderna ha caído en manos de reducido número de personas.

La riqueza sobrante se emplea, según el fabricante yankée, dejándola como herencia á la familia; destinándola después de la muerte á servicios públicos ó aplicándola en vida para estos mismos objetos, y después de hacer la crítica, con un sentido moral que no estará al alcance de la mayoría de sus contemporáneos, deduce, que queda un medio único de emplear las grandes fortunas como antídoto contra la

constitución actual de la riqueza y lograr reconciliar al pobre con el rico; consiste en que el sobrante de los ménos llegue á ser, por estar administrado en vista del bien común, propiedad de los más; los ricos deberían saber apreciar la inestimable felicidad de que gozan, ya que pueden dedicarse durante su vida á organizar los medios de hacer el bien con provecho para sus semejantes y honra para sí propios. Si la vida ideal puede realizarse, no es en opinión de Mr. Carnegie con la imitación de Cristo, en la forma en que nos la presenta el Conde de Tolstoï, sino inspirándose en su espíritu, dentro de las condiciones propias de esta época; esto es, trabajando siempre en bien de nuestros hermanos, que esa es la esencia de la vida y de la enseñanza de Jesús, pero tomando diferente camino, y resume los deberes del hombre de fortuna diciendo: que debe dar ejemplo de una vida modesta y sin despilfarro; satisfacer con moderación las legítimas necesidades de los que dependen de él, y considerar sus sobrantes como un depósito que tiene la obligación de administrar de modo adecuado para que produzca á la comunidad los frutos más beneficiosos.

Mr. Gladstone se asocia con entusiasmo á la propaganda del evangelio de la riqueza; ensalzando los méritos del fabricante americano, que, merced á su esfuerzo y sus virtudes, ha llegado á crear el primer establecimiento siderúrgico del mundo en el que trabajan 20.000 obreros. Lo que no ha invertido en las ampliaciones sucesivas de su industria, lo ha gastado en predicar con el ejemplo, poniendo en práctica sus filantrópicas doctrinas, enjugando lágrimas y alcanzando bendiciones que valen más que todas las ostentaciones de la vanidad y los esplendores de la riqueza. El insigne estadista aduce datos curiosos relativos al crecimiento del ahorro de Inglaterra, y calcula, que si todos invirtieran el 10 por 100 de sus ingresos en honor de Dios y provecho del prójimo, quedaría todavía una suma cuantiosa para aumentar cada año las reservas de los ricos, é invita á sus conciudadanos á que formen una asociación con el compromiso de destinar á fines benéficos una parte de sus entradas.

Monseñor Manning ha ensalzado la doctrina de Mr. Carnegie añadiendo que el socialismo cristiano es el verdadero antídoto contra el egoísmo del capital, y confía, en que una legislación justa, y una acción social generosa, curarán los padecimientos de las clases desgraciadas y devolverán á la sociedad moderna su estructura vital.

El Reverendo ministro Mr. Price Hugues no se deja convencer

por el millonario americano, á quien considera como un *fenómeno anticristiano y una monstruosidad social*. Dice que todo su razonamiento se basa en un sofisma; no consiste el problema en saber cómo se ha de distribuir la riqueza sobrante, sino en averiguar el medio de evitar que se forme; con la creación de las sociedades anónimas y la creciente actividad del Estado, ni hacen falta, ni tienen razón de ser los millonarios; son productos artificiales de una organización artificial. Establézcase el impuesto progresivo sobre la renta, y se verá Mr. Carnegie libre de esa pesada responsabilidad que le agobia, y si se aumentara la contribución sobre las transmisiones hereditarias, vería realizada la emancipación de sus hijos. Encuentro en esta argumentación algo de los ensueños místicos de Tolstoï, y el sofisma de admitir las sociedades anónimas, sin darse cuenta de que haya accionistas millonarios, es insostenible. Su teoría del impuesto progresivo, á medida que crecen las fortunas, se ha desarrollado entre otros economistas por J. Garnier, pero tiene el inconveniente, de que aun siendo moderada la razón de la progresión, se traduce para los caudales cuantiosos en una verdadera confiscación, lo cual es perjudicial no solo para los archimillonarios, sino para el país, porque desaparece el ahorro y disminuyen los capitales destinados al fomento de la riqueza general y de las transacciones, razones por las cuales no han admitido este principio los Estados principales. No obstante, para atenuar los efectos de la progresión creciente, se ha imaginado el impuesto *degresivo* que tiene por objeto, contener el crecimiento de la progresión á fin de que no exceda nunca de un límite determinado, aplicándose en esta forma la contribución sobre el capital en el cantón de Zurich; el impuesto progresivo se ha adoptado en algunos Ayuntamientos de Alemania, Sajonia y Bélgica, lo tenemos en España para las cédulas personales y acaba de plantearse en los Países Bajos como ley del Estado, de modo que las indicaciones del Reverendo Mr. Hugues no se han juzgado tan descabelladas sobre este particular.

La agitación socialista; el afán de novedades y mudanzas en el orden económico, los aumentos recientes de la industria, el cambio obrado en las relaciones mútuas de amos y jornaleros, y el haberse acumulado la riqueza en unos pocos, han producido la guerra de clases, dando lugar á la magnífica carta encíclica de S.S. León XIII titulada *Rerum novarum* sobre el estado actual de los obreros. Explica con gran método el motivo de la contienda, demuestra la falsedad del re-

medio socialista; establece los fundamentos del derecho de propiedad y de la herencia; la injusticia de la intrusión del Estado hasta lo íntimo del hogar; el derecho de la Iglesia en la contienda; uso de las riquezas; la humildad de la pobreza; caridad cristiana; parte que toca al Estado; debida igualdad de protección; duración del trabajo y el salario; difusión de la propiedad; fundamento y organización de las asociaciones; solución y recomendación final.

De tan notabilísimo documento, solo hace al caso en la discusión presente, consignar las palabras del Padre Santo sobre el buen uso de las riquezas. «Poseer algunos bienes en particular, es derecho natural del hombre y usar de este derecho, no solo es lícito, sino absolutamente necesario, pero la Iglesia manda á los ricos que den y repartan francamente; los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean corporales y externos ó espirituales é internos, deben atender á su perfección propia y al provecho de los demás. Así pues, el que tuviere talento, cuide de no callar; el que tuviera abundancia de bienes, vele no se entorpezca en él la largueza de la misericordia; el que supiere un oficio con que manejarse, ponga grande empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho».

La conclusión que se deduce de estas sabias enseñanzas y de las opiniones antes consignadas, es, la legitimidad del capital, siempre que se acumule por medios lícitos y morales, pero al propio tiempo la posesión de riquezas, sobre todo, cuando son grandes, impone deberes ineludibles. A Gladstone le parece escasa la cifra de siete millones de libras esterlinas que se recaudan anualmente en Inglaterra por la ley de pobres para socorrer á tres millones de necesitados, quejándose de que si hay mucha caridad en el Reino Unido son pocos los que la ejercen. El paladar de estos moralistas resulta tan delicado, que no dan mérito á los legados póstumos dejados con destino á los establecimientos benéficos. Ya nos contentaríamos por aquí con algo ménos, y si se crease alguna fundación para levantar un asilo destinado á recoger á la plaga de mendigos que, con desdoro del país, ofrece un espectáculo tan repugnante en todos los contornos de Bilbao, este sería uno de los buenos usos que pudieran hacerse del sobrante de las riquezas que el desarrollo minero, fabril y comercial va acumulando en este rincón de España.

PABLO DE ALZOLA.

